

# Bomarzo

(Fragmento III, I)

◆ Elsa Cross

Visitamos Arcadias  
desde esa banca al fondo del jardín,  
donde las hierbas en desorden  
ocultaban el desnivel del terreno  
y la vieja sirvienta venía tropezando con el café.  
La llamabas Helena,  
y se reía, diciendo que era Rafa.  
No semejaban laderas del Citerón  
las del cerro desencajado que veíamos desde allí,  
pero tampoco lográbamos entender la diferencia.  
¿Y quién quería entender?

Seguíamos la evolución de las abejas  
en las flores del limonero,  
hablando del láudano que sonaba  
a laude,  
a laúd;  
su resonancia aparejaba los ruidos de afuera  
y la turbulencia de adentro.

Ofrecimos libaciones  
al Tiempo,  
por la vida que se llevaba  
envuelta en sus festines.  
Un *stacatto* grácil era el envés  
del prolongado acorde que anunciaba  
el final, todo final.

¿Dónde, antaño, esas nieves,  
la vida que ciframos en esas notas lúgubres?  
Las voces en el pantano eran las nuestras.  
Y tal vez era amor  
esa locura aposentada en cada fibra,  
ciega al entorno,  
jugando con los aros quemantes del azar.



Bomarzo,  
un jardín con senderos que se bifurcan.  
De un lado, el tiempo sostenía a la  
memoria  
resguardándonos en sus espejos y sus  
pozos,  
en sus cofres de abalorios.  
De otro, el instante que nace de sí mismo  
y se inventa en su ocaso repetido,  
quemaba lo que ha quedado atrás,  
la porción del presente que ya se angosta.  
Pero el ánimo anclaba en sus aguas  
seguras.

Bomarzo, otra cara de Arcadia,  
con su recordatorio  
de los desmembramientos,  
los caminos errados,  
el vuelo a pique de un halcón  
y su garra infalible.  
Tanto más vibrantes los follajes,  
más cercano el acecho.  
Tanto más frescas las brisas  
más negros los labios  
con que queríamos hablar del clima  
o de la moda.

Y en los muros rezumaban  
los siglos que han caído  
fingiendo que el tiempo pasa,  
que todo va hacia algún lado.